

Cuentos

Hugo Hiriart



EL CIRCO

Damas y caballeros, salgan de esa postración y esa molicie y pasen, por módico precio, al espe-luzne nunca visto de Tomasito, el iceberg asesino y chocador que va a la deriva en la pista en su peligrosísimo número de hundimientos mientras el peluquero Sardina, muy sereno y voluntarioso, practica el corte de pelo a distancia, a ver, a ver, un voluntario entre el público que pase al sillón giratorio. Señor, anímese, dos boletos gratis para el audaz, y le recordamos que *il signore* Peppo Sardina es natural de Palermo, en Sicilia, y es un gran estilista, famoso en Nueva York y París...

Y pasen, pasen a ver, traída directamente de la misteriosa isla de Borneo, a Oswaldita, la mujer tarántula, siamesa no doble sino triple, con tres cabezas, Rosita, Dora y Alejandrita, que responden, cada una a su modo, a todo lo que uno les pregunta, las tres en un solo cuerpo que baila como nadie la conga, ritmo de moda en los tiempos de Xavier Cugat y sus muchachos, desaparecidos casi todos, menos los que sobreviven penosamente en asilos de ancianos.

La función va a dar comienzo y presentamos a Jovita, la contorsionista de hule, de apenas catorce años, haciendo ante ustedes los gustados números del nudo ciego y el chicle mascado, y no se pierdan a los licenciados Tobías Alpuche y Mauricio Maillé, abogados recibidos, payasos y acróbatas que caminan en el aire mientras actúan como asesores jurídicos del respetable público en todo lo que quieran consultar y al mismo tiempo dictan a dúo sus respectivas autobiogra-

fías a dos taquígrafas cómodamente instaladas en primera fila de luneta...

Y vea y oiga al payaso Beppo y sus perros sabios que hacen operaciones en la bolsa de valores, y a Mercedes Iturbe, la mujer bala, que vuela a más de cien kilómetros por hora, debidamente protegida por un casco irrompible, y cae en una bañera con leche de burra, la mejor para el cutis, según dicen...

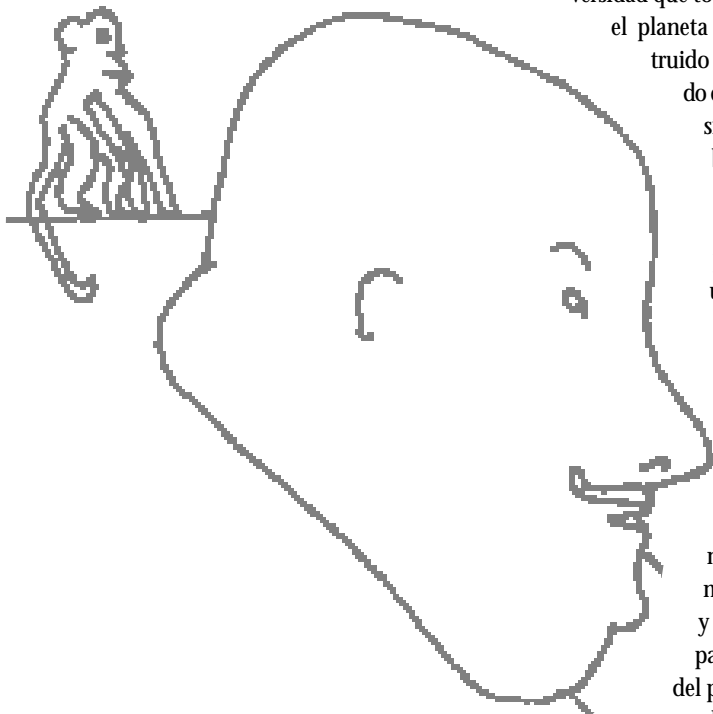
Se agotan los boletos, pasen, pasen a ver la *troupe* voladora de los Hermanos Alcántara, de la Huasteca potosina, casi todos; que juega al beisbol en los trapecios, a gran altura, sin red ni montículo, cual bandada de loros remontando el vuelo al amanecer, según dice la canción cubana, espectáculo de gran colorido, veinte peloteros uniformados y con gorra, bajo la lona del circo; que deja atrás, pero muy atrás a los esforzados voladores de Papantla...

Compren un boleto y entren a ver en acción a Leoncio Montiel, "el Bobo de Soria", torero a pie y a caballo, en el número jamás presentado en la plaza, y menos en el circo, de los toros bravos amaestrados, la bestia de lidia, media tonelada de furia y músculo haciendo delicadas monerías, y bailaráán en la pista seis toros, seis, al compás que les toca el primer espada en esta corrida ecológica y sin derramamiento de sangre...

No se quede ahí, engarrotado y paradote como pasmado o de plano tonto, y pase, pase, pase a ver el animal ignorado durante siglos, el buey de papada azul, *Pseudoryx ghetinhensis*, descubierto a la ciencia hace sólo tres años, tres nada más, como prueba de la asombrosa biodi-

Estos textos se incluyen en el disco *El circo y otros escritos*, de la colección *Voz viva*, que próximamente saldrá a la venta. El relato "La mosca y el perfumista" pertenece a una serie de cuentos titulados todos de la misma manera. Los dibujos son de Hugo Hiriart.





versidad que todavía reina en el planeta ya muy destruido y menoscabado que habitamos; sí, damas y caballeros, contemplan ustedes al buey prodigioso, único rumiante que se alimenta de pescado fresco y que adivina el pensamiento, aun el más recóndito, y lo saca a la luz para vergüenza del pensador; ánimo, hermosa señorita, discreto caballero, y pasen, pasen...

Acérquese a la taquilla, atribulado entusiasta del creced y multiplicaos, niños pagan medio boleto y, de más de cinco hermanos, dos no pagan nada, entren ordenadamente y asistan maravillados a los actos insuperables del mago Silvannus Mabuse, el mago invisible que nadie ha visto nunca y aun se ignora si existe o no, aunque alguien cobra en su nombre puntualmente...

Tercera llamada, pasen, pasen, damas y caballeros, ya toca la banda la marcha del maestro Stravinski, el desfile ya va entrando a la pista y la función de triple gala va a comenzar...

ANA LA SIGILOSA

“Era yo muy joven en aquellos días y estaba lejos de mis tierras. Combatía a la pandilla tumultuosa de los Intransigentes que con sus escudos hacían escarabajos y atacaban en furioso montón a los aislados. Murió mi padre. Cuando el último de los Intransigentes abjuró de sus falsas certidumbres y destiñó de su rostro el amaranto insolente, regresé a reinar sobre mi heredad.

“El pueblo empavorecido me recibió en triunfo, como a un salvador. Hablé a la turba amedrentada y sollozante; declaré que me enfrentaría a cualquier intrusión.

“Nadie logró advertir cuándo principió la estampida silenciosa: habían huido del reino todas las mariposas. Fueron unos recolectores de miel quienes divulgaron el misterio: regresaban de los panales cuando fueron embestidos por una suave y abigarrada bandada de mariposas que precipitadamente, chocando unos colores contra otros, se desplazaban hacia el poniente.

“La inquietud, pronto elevada a pánico, penetró en las gentes: sin duda detectaban algún horror las mariposas que no lograban prevenir. Mi padre agonizaba; el pueblo descarriado se enfrascó en interminables discusiones. Los campos se veían muy solitarios sin esos animalitos a quienes nadie presta cuidado ni interés.

“Comparecí y ordené serenidad; fui capitán de un ejército de artesanos, comerciantes y campesinos que esperaban la agresión desconocida. Algunos veteranos de la guerra contra los Intransigentes acariciaban nerviosos el puño de sus espadas meditando si habría ocasión de blandirlas. Decreté el cuidadoso censo de flora y fauna en busca de otras especies fugitivas o aniquiladas,



sólo se supo de una disminución en la población de sapos y ranas. Esperábamos.

“Entonces llegó Ana la Sigilosa.

“Nadie sintió su presencia. Fuimos vistos por ella; no la reconocimos. Lentamente los temores se calmaron; las mariposas olvidadas. La buena gente volvió a sus faenas. Y se celebraron fiestas. En el torneo de los Siete Colores gané con mi lanza los laureles de piedra. Fui coronado sobre la arena de las justas; entonces encontré a Ana. Sonriente, blanda, hermosa; quieta como un potro de mármol.

“La busqué; conversamos y cantamos donde se bebe cerveza entre los alegres músicos. Sus ojos enamorados se fijaron en mí con dulce seriedad. La amé.

“Las lluvias volvieron al reino; una tarde la llevé conmigo al pabellón donde gritan los halcones cazadores, y conocimos el placer.

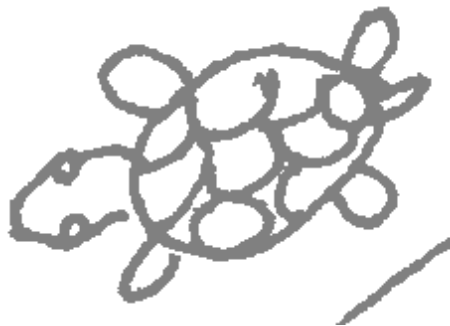
“Esa tarde la perdí para siempre; nunca volví a encontrarla. Vivimos catorce años en el castillo; la torre azul fue para ella; nació nuestro hijo pero nunca volví a encontrarla.

“Cuando salimos del pabellón donde gritan los halcones, cuando mi capa roja la cubrió, cuando cabalgamos bajo la lluvia, Ana se perdió.

“No comprendía: Ana pasó del lecho a mis brazos, la lluvia y el caballo, pero al extender mi capa junto al fuego del castillo, los cabellos de otra mujer se esparcieron sobre la lana roja. Bella, joven, otra. La miré con espanto. La primera transmutación de Ana la Sigilosa se había operado.

“Ana se cubrió el rostro con las manos y lloró; y allí mismo, ante mis ojos, la Sigilosa se trocó en niña de diez años. Retrocedí. Descubrió su rostro sollozante y los ojos de una mujer que ha sufrido largas penas me miraron. Me dijo: ‘No me mires; escúchame’.

“Narró la maldición de su casa. Procedía Ana de ilustres prefectos de una ciudad del septentrión; familia de pacíficos usureros que se apoderaron de la mitad del mundo sin desenfundar espada ni lanzar gritos de guerra. Los Insinuantes, sus antepasados, compraron a las hadas morenas y, por ello, la familia fue maldita por un bisnieto de Tiresias, el mago ciego.

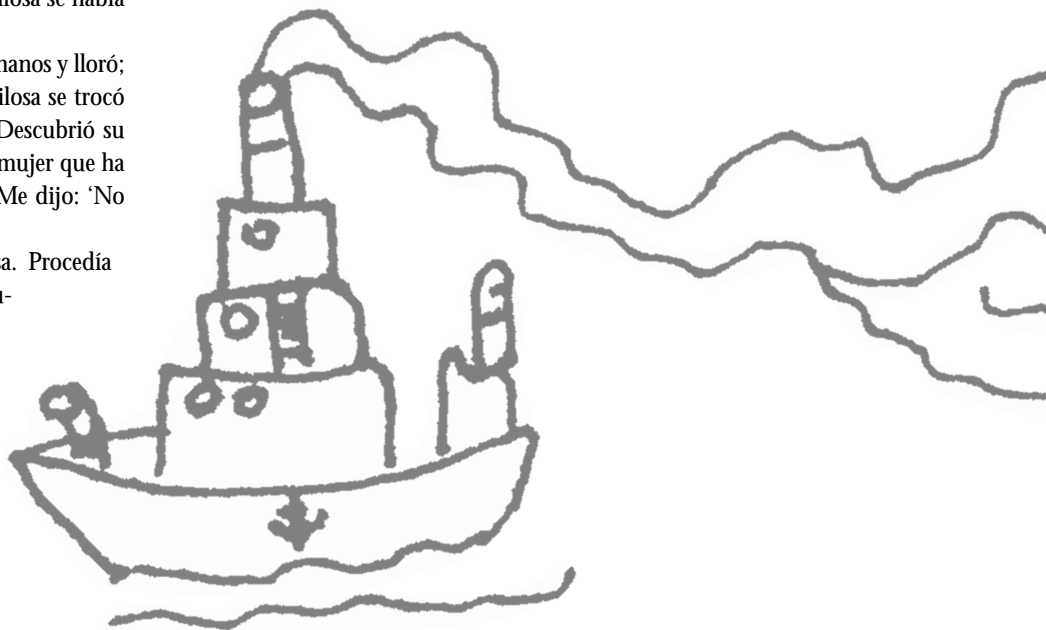


“Años después Ana fue doblegada por la maldición. Al nacer fueron acordados su figura y sus sentimientos: Ana hubo de sufrir para siempre mudar de apariencia cuando mudaba de sentimientos. ‘Para no engañar nunca a nadie’, como declaraba la maldición grabada en las piedras del lecho del río que atraviesa la ciudad de sus mayores.

“Me confió con voz enronquecida:

“—Soy Ana la Sigilosa; soy las Anas; soy Ana la que no puede verse en los espejos. Huyen de mí todas las criaturas que se transforman: los gusanos ondulantes, las ranas jabonosas, las mariposas extendidas. Soy muchas mujeres en una; te amo, nunca podrás amarme, déjame ir, no me guardes a tu lado.

“—¿Ana —pregunté— volverás a ser la misma que vi en la arena de las justas, que amé donde gritan los halcones?



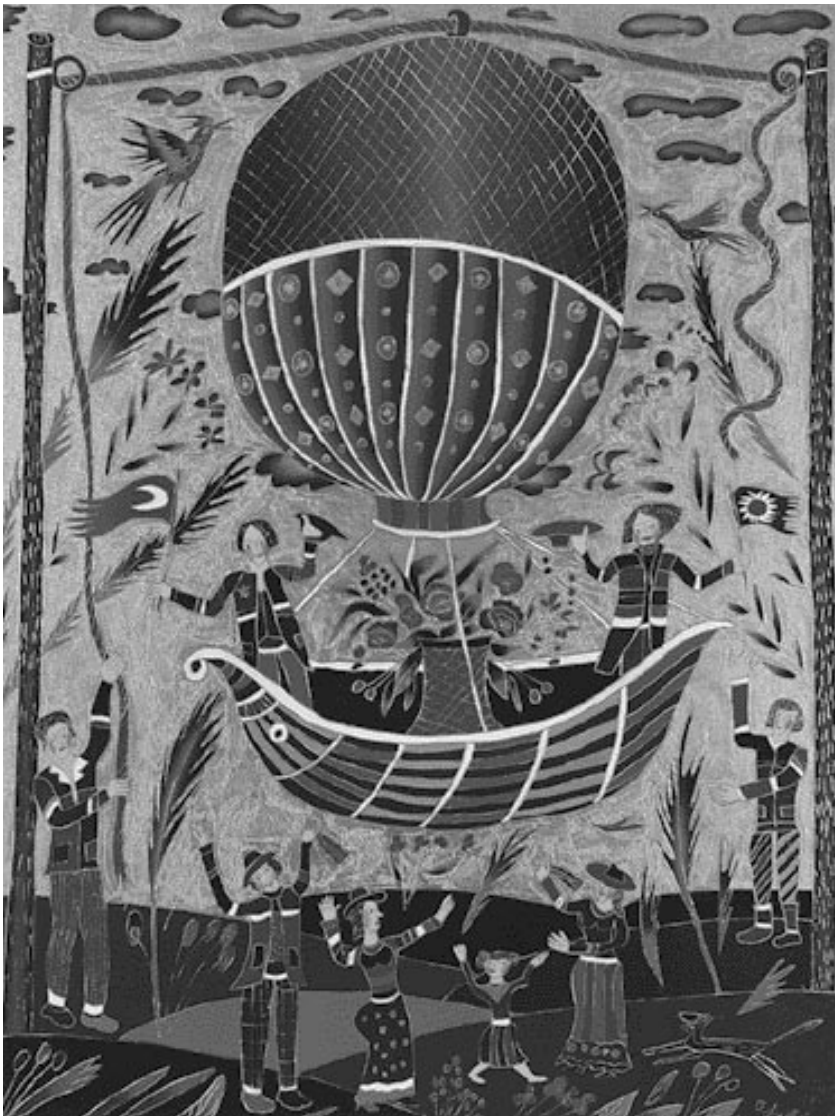
“—Nadie lo sabe —respondió—, mientras estuve traspasada de virginal amor y larga ensoñación pude ser la misma; ahora contéplame, amado, soy otra aunque te ame con igual devoción.

“Desde aquel día proseguí infatigable a Ana en el laberinto de la vida de su corazón. La seguí por todo lo que miraba, por sus atracciones y repulsiones; la busqué en los altos momentos del placer y en la serenidad de los paisajes, en las dulzuras del gusto y de la emoción. Compartir los cantos con ella fue para mí incomparable contemplación: mudaba su rostro al ritmo de las danzas y en sus ojos restallaban los fillos de las melodías. Miraba en ella las cosas: todos los descubrimientos, todas las palabras, todos los colores.

“Nació nuestro hijo y casi llegó a ser la misma niña quieta como un potro de mármol en la apacibilidad de su crianza. Nuestro hijo, creo que lo ha adivinado Galaor, fue Brudonte el Bueno. Nunca pudo reconocer a su madre. Ana lo cuidó con esmerada entrega. Brudonte la llamó con diferentes nombres y su madre llegó a ser, para él, diecisiete mujeres. Me decía:

“—No soy madre, no soy nada, soy la que no puede verse en los espejos.

“Ana cambiaba de mujer en mujer. Llegó a fea de rostro furioso, anciano y triste; niña cuando reía a carcajadas; oscura meretriz de rostro lascivo y doncella sonrojada y brillante; reina y cocinera; gorda blasfemadora y abadesa severa, hierática,



consumida; en los apasionados deleites fue siempre bella como veleta en un tejado...

“No erraron quienes temieron desgracias por la estampida de las mariposas. Entregado a la Sigilosa, olvidé mis deberes de rey y mis tierras fueron devastadas por brutales y sojuzgadas por tiranos. El pueblo, ignorante de mi pasión, condenó con horror mi indiferencia, creyéndome cómplice y propugnador de pillajes y predaciones. Mudaba de atavíos por ver transformarse a Ana y fui señalado como el Hombre de las Pielas.

“Llegó Diomedes el Constructor y le pedí los más bellos y complejos jardines para observar las transformaciones de Ana. El Constructor tardó siete años en erigir el jardín de las trescientas jor-

nadas, y yo arruiné el reino con pesadísimas contribuciones al esplendor de estos parajes.

“Brudonte partió a instruirse en los actos de la guerra con mi primo Arturo el Jabalí. Ana perdió esperanzas, y antes de que sus dulces modos se amargaran y sus facciones se marcaran con perpetuos signos de furias, prefirió alejarse de aquí para siempre. Diomedes el Constructor se hundió en su orden superior y perfecto, se mudó en creatura de sí mismo y se perdió en los jardines.

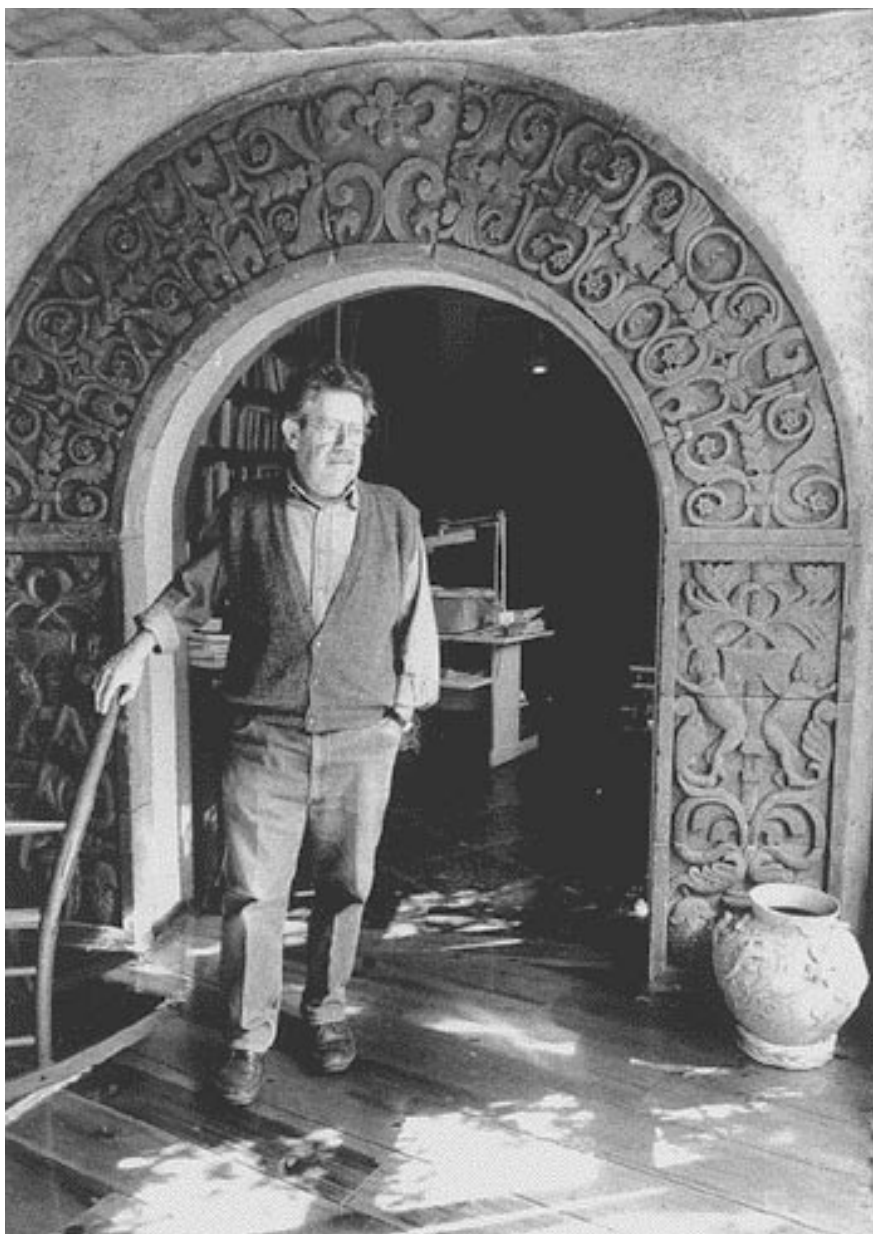
“Desde entonces vivo aquí, preso más de la melancolía que de los jardines: mi ardor se consumió en los años en que perseguí a mi amada en ella misma. Y, en verdad, Galaor, ¿qué podía desear después de haber conocido en una sola a todas las mujeres?”



LA MOSCA Y EL PERFUMISTA

El terror me había pasmado paralizándome, reacción animal que me habría condenado a una muerte minuciosamente sanguinaria si la Caromola no me toma de la mano y corre conmigo por el laberinto de los corredores. Mi ingobernable pavor me llevó a implorar a la Caromola que tirara en cualquier parte a su majestad el emperador Blodo, hijo de la luna y del grillo sagrado, al que en sus hombros car-

gaba la dulce cirquera. De haber prestado oídos a mis urgentes palabras de seguro ahora estaríamos los dos artísticamente destazados. En la carrera principié a comprender nuestras desgracias: sin duda el difunto conde Chanma había confundido la puerta de la real perrera con la del real harén, error explicable, porque las dos puertas, enormes y ornadas con altorrelieves de bronce, son iguales, sólo que una está situada en el cuarto y la otra en el quinto piso del palacio, y había librado a los animales en lugar de a las mujeres. ¡Pobre Chanma!, él ya había pagado su yerro de anciano. ¿Dónde estarían el príncipe Bomo y el mariscal Larba? ¿Lograrían agrupar a nuestras fuerzas y estarían peleando? El recuerdo de Ordomeina en la sala de las artes simuladoras me llenaba de terror. Seguía a la Caromola que avanzaba con seguridad y aplomo definitivos, semejante a una niñera diligente con dos criaturas veleidosas y recalcitrantes. Nunca en mi vida había visto más feliz al emperador que en esa hora trágica: el hijo de la luna y el unicornio sagrado cantaba, reía, pataleaba y babeaba; por un momento pensé que podía morir de dicha. ¿Adónde nos dirigíamos? La pequeña escalera de piedra labrada y su pasamanos que imitaba las contorsiones de una culebra me reveló el propósito de la Caromola: nuestro destino era el real serrallo y la confusión de las setenta y cuatro concubinas. Al fondo del corredor vi la puerta de madera y bronce como quien mira la puerta de los paraísos. Tres guardias armados de hachas se interponían entre nosotros y el harén. La Caromola arrojó al emperador a mis brazos y de un brinco se colocó sobre mi hombro izquierdo: lo que vieron los soldados que custodiaban la puerta no fue al gran eunuco Foca con sus deslumbrantes vestidos y su andar arrogante, sino a un apresurado titiritero que entraba al serrallo con dos muñecos, un mono y una especie de perro, efecto este último que logró la gran cirquera y actriz cubriéndose el rostro con sus sedosas y largas barbas del color del té de manzanilla. Los guardias nos franquearon el paso y entramos al turbador lugar en el que setenta y cuatro mujeres y unas seiscientas sirvientas vivían juntas. Al amor del real serrallo volví a vestir trajes de seda. La Caromola declaró su intención de regresar a la sala de las artes simuladoras; yo la abracé emocionado y estaba por



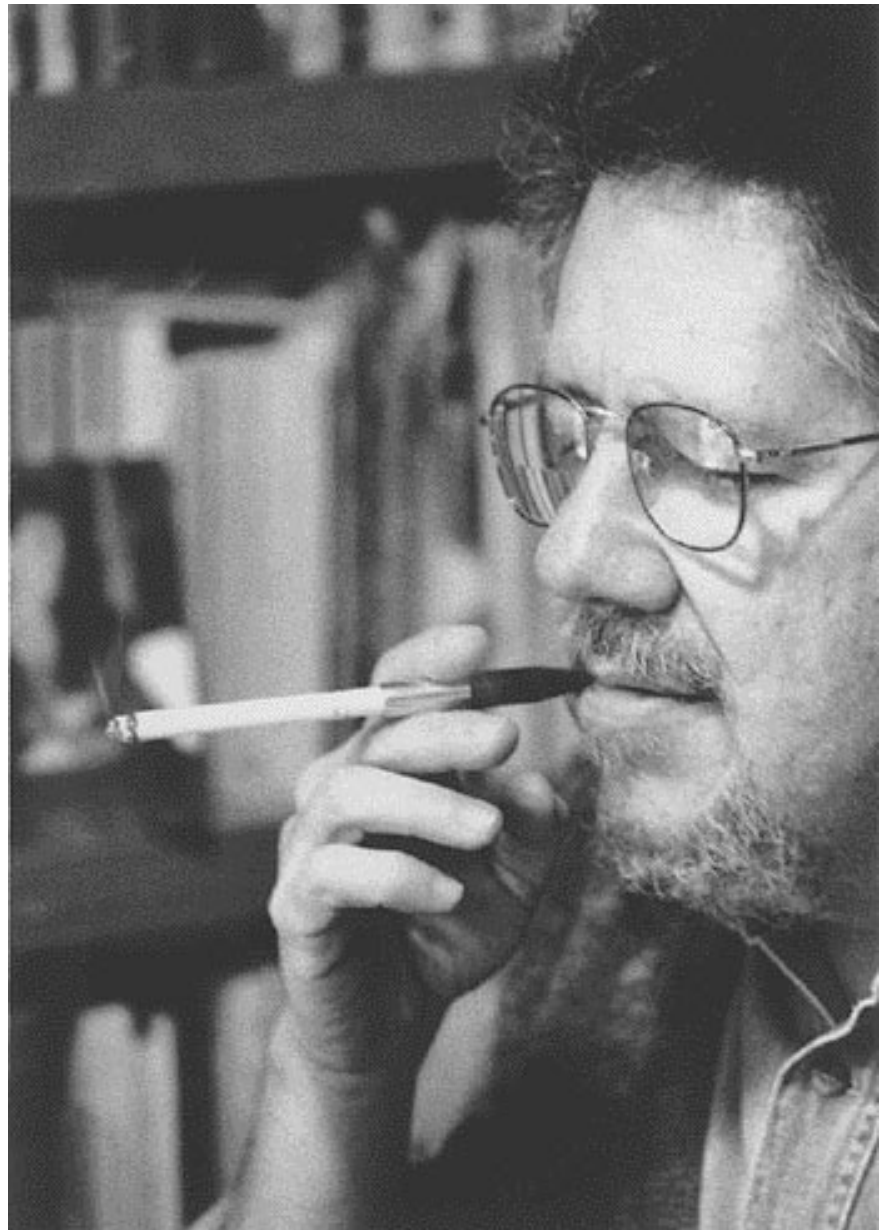
© Barry Dominguez

revivir nuestras más caras tradiciones de oratoria de despedida en su capítulo de oraciones fúnebres, ardua disciplina en la que desde joven fui un consumado maestro, pero la cirquera me interrumpió asegurándome con su aplomo y empaque habituales que pronto estaría de vuelta. La miré llorando de escepticismo. “Viajaré disfrazada de emperador, es decir, de mono”, explicó lacónicamente la Caromola al tiempo que vestía el traje del emperador Blodo, hijo de la luna y de la cebra sagrada, “y traeré conmigo todo lo que precisamos para nuestra fuga”. Desapareció la Caromola con agilidad de sombra y yo me consagré a la redacción en verso, de acuerdo a las más canónicas reglas de composición, de mi testamento.

Noticias confusas y alarmantes llegaban hasta el harén: el ala septentrional del Palacio de Invierno donde se había hecho fuerte el mariscal Larba —y donde, por otra parte, estaban las reales bodegas y cocinas— ardía y se combatía con denuedo entre las llamas. El príncipe Bomo había sido capturado y gemía encadenado en el suelo de la sala de juegos del emperador; se decía que Ordomeina lo había ya emasculado con sus propias manos. Sollocé recordando las tiernas ceremonias de mi iniciación en el templo de la diosa Grana. Daba los últimos toques a los hexámetros heroicos de mi testamento cuando la Caromola regresó arrastrando un enorme lío de ropas. Comprendí al instante la audaz sagacidad de la Caromola: había traído con ella los cien trajes del coro de monos de la tragicomedia interrumpida. Entre gritos de júbilo las concubinas se dieron a la impostura y comenzaron a vestir los trajes de mono. El más alegre de todos fue el emperador Blodo, hijo de la luna y de la lagartija sagrada. Todos salimos. Confiábamos en que hasta el descubrimiento del emperador Blodo, hijo de la luna y del antilope sagrado, estaríamos seguros: en otras circunstancias Ordomeina no habría vacilado en sacrificar a todo el falso coro de monos para impedir nuestra fuga. De esa manera logramos escapar la Caromola, yo y ocho concubinas que no pudieron ser recapturadas.

El príncipe Desidato Bomo fue encerrado en la más inmunda celda de las mazmorras reales: con el metal de la llave Ordomeina se hizo fundir un collar de monos danzantes; olvidado y nostálgico, el príncipe murió de hambre y de

sed. El mariscal Larba combatió, bebió y comió salvajemente durante treinta y dos días, y finalmente murió de congestión y desórdenes gástricos —algunos aseguran que sus propios soldados le administraron veneno. Cuentan que Chanma se humilló en vano pidiendo clemencia ante la inexorable. Vive la Caromola su vida resplandeciente y yo, el gran eunuco Foca, abrumado por las amarguras del exilio, reflexiono en la locura del mundo y la sinrazón de los esfuerzos humanos. ①



© Barry Domínguez